

niento iban el conde de Savoya, Amedeo VI, el conde de Ginebra, hermano de Clemente VII, el caballero de Montjoie, Enrique de Bretaña, Ramón de Beaux, y gran número de gentiles-hombres que querían probar fortuna con Luis. Atravesaron toda la Italia siguiendo el litoral del Adriático, y el 13 de julio de 1382 llegaron á las fronteras de los Abruzos. Pero Carlos de la Paz no era tan fácil de vencer como Juana de Nápoles. Concentró sus guarniciones en las plazas fuertes, quitó todas las subsistencias, y dejó al hambre y clima abrasador de Italia el cuidado de acabar con el brillante ejército de Luis de Anjou. Este sistema le salió perfectamente; pues su competidor murió de tristeza en 1384, y el resto de la expedición se disipó. Este nuevo triunfo hizo á Carlos de la Paz mas arrogante y altanero hácia Urbano VI. El pontífice vino á Nápoles para reclamar en persona la observancia de los tratados. Carlos, hollando las leyes mas sagradas, dejó encerrar al papa y retenerlo prisionero. Logró hacer entrar á seis cardenales en una conjuración dirigida contra la vida del pontífice. Urbano VI logró fugarse y se refugió al castillo de Nocera, que le pertenecía. Mandó formar proceso á los cardenales rebeldes; y probada su culpabilidad, se siguió ejecución de pena capital. En esta circunstancia la justicia pudo mas que la misericordia: el papa fué inflexible. Obró en este caso como obran todos los soberanos en semejante lance. Se le ha querido acusar violentamente; pero en las circunstancias difíciles en que se hallaba, cercado de asechanzas, espías y traidores, quizás no hubiera convenido la clemencia. Mas sea de esto lo que quiera, Carlos de la Paz, prosiguiendo sus hostilidades, fué á sitiarse en su fortaleza, respondiendo así á una sentencia de excomunión y deposición que el papa había fulminado contra él. El castillo resistió durante siete meses á los esfuerzos del ejército napolitano. Urbano fué libertado por una armada genovesa, cuyo socorro había solicitado. No quedó impune largo tiempo la ingratitude de Carlos de la Paz. A la muerte de Luis I el Magno, rey de Hungría, los nobles del reino ofrecieron la corona al rey de Nápoles. La esperanza de reunir dos Estados poderosos

sedujo la ambición de Carlos. Aceptó, partió para sus nuevos dominios, é hizo su entrada en Budda entre entusiastas aclamaciones del pueblo. Su altanería y fiereza disgustaron muy pronto en alto grado á los magnates de Hungría. Apenas había transcurrido un año, cuando Carlos fué atacado por un asesino, en 1386. Como no moría tan pronto como deseaban sus enemigos, una poción de tósigo activo acabó lo que había empezado el puñal. Entonces debió de acordarse de la muerte trágica que había mandado dar á la reina, con idénticas circunstancias. Luis de Anjou se aprovechó de esta circunstancia para renovar las pretensiones de su padre al reino de Nápoles. Clemente VII le recibió en Aviñon con pompa real, y renovó en su favor la investidura de los Estados napolitanos. El joven príncipe, al frente de un ejército formidable, pasó á Italia, y logró hacerse reconocer rey de Nápoles, á pesar de los esfuerzos de la reina Margarita, viuda de Carlos de la Paz, y de Ladislao, su hijo. Urbano VI se preparaba á echar fuera al usurpador, cuando murió en Tívoli el 15 de octubre de 1389. Pocos pontífices han sido mas calumniados, ó tratados mas sin lástima que él. Se ha dicho de él poco bueno y mucho malo. Las borrascas de su pontificado explican estas animosidades. Había en Urbano VI un raro amor á la justicia, una pureza angélica en sus costumbres, gran sencillez de vida, horror contra la simonía, conocimiento profundo de las ciencias eclesiásticas. Desgraciadamente tuvo, lo que es muy comun, los defectos de esas cualidades. Austero consigo mismo, lo fué demasiado con los demás. La austeridad de sus costumbres espantaba á prelados acostumbrados al lujo, fausto y molición. El gran cisma de Occidente fué la protesta de aquellos.

§ II. PONTIFICADO DE BONIFACIO IX (2 de noviembre de 1389-1.º de octubre de 1404).

11. Cuando llegó á Aviñon la noticia de la muerte de Urbano VI, hubo consejo extraordinario en palacio, se expidió inmediatamente un correo al rey de Francia, suplicándole interpusiese su autoridad con los cardenales romanos, é impidiese

nueva elección. Hubiera sido, en efecto, el medio mas seguro de cortar el cisma, y así lo juzgaron todos los príncipes cristianos. Pero antes que llegasen á Roma los embajadores, ya estaba nombrado, por sucesor de Urbano, Pedro Tomacelli, que tomó el nombre de Bonifacio IX. El temor de ver trasladada á Aviñon la Santa Sede fué causa de esta elección precipitada. Clemente VII se apresuró á excomulgar á su rival, que le respondió con iguales censuras. Bonifacio IX, al subir al trono pontifical, tuvo que luchar desde luego contra el espíritu sedicioso del pueblo que creía haber hallado en el cisma ocasión favorable para recobrar la libertad, y reconstituirse en la república imaginaria que soñaba tantos siglos habia. Pero Bonifacio IX fué socorrido de un modo inesperado por un reino que á primera vista parecia tener que darle mas bien cuidados y zozobras que apoyo. Urbano VI, al morir, habia dejado establecido en el reino de Nápoles á Luis de Anjou, y el partido del jóven rey Ladislao parecia perdido para siempre. Bonifacio lo volvió á ensalzar: este papa era napolitano; conocia mejor que nadie las costumbres, carácter y hábitos de su patria, y sabia que la dominación francesa era muy impopular. Tenia relaciones con todas las familias adictas al partido vencido, é hizo tocar hábilmente los resortes de la política. Luis de Anjou, príncipe jóven, sin experiencia, educado en un reino donde las contiendas se terminaban con las armas en la mano, y donde se sabia menos negociar que combatir, era incapaz de resistir á las sabias combinaciones del pontífice. Ladislao, por otra parte, le era muy superior como guerrero y como político. Los tesoros de Bonifacio IX ofrecian inagotables recursos para pagar sus ejércitos; y entró triunfante en Nápoles, de donde tuvo que salirse Luis abandonado de todos sus vasallos, y volvió á tomar el camino de Francia.

12. Ladislao, por agradecimiento al soberano pontífice, le ayudó á restablecer su autoridad en Roma. Con este socorro reconstituyó Bonifacio IX definitivamente el poder temporal del pontificado en todos los Estados del dominio de san Pedro. Quitó á los ciudadanos el derecho que pretendian arrogarse á

la soberanía, y declaró que el gobierno del país pertenecia exclusivamente al papa, quien, solo, nombraria á todos los funcionarios públicos, y suprimió las magistraturas populares.

13. El relato de las luchas intestinas que perpetuaba el gran cisma de Occidente en Europa, ha distraído nuestra atención de todo el resto de la catolicidad. Esta acababa de librarse de un peligro aun mayor que el de que la salvó Carlos Martel en los llanos de Poitiers. Bajazeto I, sultan de los Turcos, al frente de un ejército innumerable se habia precipitado, en 1396, sobre las fronteras de Hungría. Sigismundo, que mandaba á la sazón en esta comarca, y cuyos Estados formaban el baluarte de la cristiandad, imploró el socorro de los príncipes cristianos. El sultan queria hacer menos una guerra de conquista, que una guerra de religion. « Mi caballo, decia, irá á comer cebada en » el altar de San Pedro. » Al entender esta bravata sacrilega, la Francia sintió hervir en su seno el belicoso ardor de las cruzadas. Los restos de la caballería, fugados de Crecy y de Poitiers, volaron á las orillas del Danubio. A su frente se hallaba el conde de Nevers, Juan Sin Miedo, despues duque de Borgoña. Defirió el mando en jefe de esta brillante milicia al mariscal de Boucicaut, el mayor capitán de su siglo despues de Duguesclin. Este armamento fué á reunirse á las fuerzas de Sigismundo bajo los muros de Nicópolis, nombre fatal que recuerda el mas sangriento desastre. El 25 de setiembre de 1396, el sultan destrozó al ejército cristiano, esperanza única de la Europa. Sigismundo se fugó, y esta cobardía determinó la pérdida de la batalla. Ningun Francés cejó: cada uno hizo montones de cadáveres muertos por su brazo; mas tanto heroísmo nada podia contra la inmensa superioridad del número. Boucicaut, Juan de Nevers, Enguerrand de Coucy, el conde de Eu, etc., etc., fueron hechos prisioneros con todos sus compañeros. Despojados de sus vestidos, y atadas las manos á las espaldas, se les condujo ante el montaraz vencedor, que hacia matar sin piedad á los simples soldados, de que no esperaba ningun rescate; los señores, á quienes perdonó su codicia, fueron conducidos

cautivos á la Bitinia. La Europa, desarmada, recibia con pánico terror la noticia de la derrota de Nicópolis. El nombre cristiano amenazaba ser extinguido quizás, en Europa, á los duros golpes de un nuevo diluvio de Musulmanes, cuando hé aquí que por dicha providencial otro destructor de naciones, el célebre conquistador Mogol, Tamerlan, vino á atacar con sus hordas indisciplinadas á las tropas de Bajazeto. Se diria que los dos mundos se habian dado cita en los llanos de Ancira, donde se verificó el choque. Bajazeto fué vencido y hecho prisionero. Son increíbles las humillaciones que le hizo padecer Tamerlan. Se servia de su cuerpo como de estribo para subir á caballo; le forzaba á estarse bajo la mesa durante sus comidas y á no alimentarse sino de los desperdicios que caian; y enfin le encerró en una jaula de hierro, en la cual el vencedor de Nicópolis se mató, estrellándose la cabeza contra las barras.

14. Lejos de estas escenas sangrientas, la Italia era entonces testigo de los milagros, celo y virtudes de san Vicente Ferrer. Nacido en Valencia, en 1357, esta gloria de España no habia tardado en llenar al mundo con el eco de su fama. Entrado en la orden de Predicadores, se propuso por modelo á santo Domingo. El cardenal Pedro de Luna habia sido enviado por Clemente VII para hacer reconocer su obediencia en España. Llevóse consigo á san Vicente Ferrer, que creia de buena fe á Clemente VII por legítimo papa. Al volver á Francia, Pedro de Luna se hizo acompañar del humilde religioso (1). Clemente VII quiso agregarlo á su corte, pero Dios llamaba á

(1) Se extrañará el que san Vicente Ferrer reconociese la obediencia del anti-papa. Ya hemos hablado de san Pedro de Luxemburgo, que hizo lo mismo. Hé aquí, á este propósito, las palabras de san Antonino de Florencia, autor contemporáneo: « Durante el cisma, cada obediencia contaba en su seno doctores hábiles, » personajes ilustres por su santidad y hasta por sus milagros. Pero en el caso de » doble eleccion de pontífice, no nos parece sea necesario á la salvacion creer que » tal ó tal papa en particular sea el papa legítimo. Los pueblos no están obligados » á saber el derecho canónico; luego no pueden estar obligados á saber cuál es el » elegido canónicamente. Les basta en general estar dispuestos á obedecer al papa » legítimo, sea el que sea; bajo de este respecto pueden deferir al juicio de sus » obispos. »

Vicente Ferrer á las misiones del apostolado. Durante quince años recorrió la Provenza, el Piamonte, la Saboya, la Lombardia, la España, predicando en todas partes la doctrina del Evangelio. Dios renovó en él el milagro de Pentecostés. Aunque Vicente predicase en latin, era entendido, á la vez, por Griegos, Alemanes, Ingleses y Húngaros, que no sabian sino su lengua. Las conversiones obradas por su predicacion recordaban las maravillas del siglo apostólico. Se cuentan hasta veinticinco mil Judíos convertidos por su ministerio.

15. Por la misma época, la capital de la Bohemia era testigo de un mártir, para siempre jamás ilustre, que recibió la palma del martirio antes que quebrantar el secreto de la confesion. Venceslao, rey de Bohemia, hijo del emperador Carlos IV, habia sucedido á su padre, en 1376, en el trono de Alemania. Venceslao ha recibido el doble apodo de *beodo* y de *perozoso*: su vida no fué sino un tejido de bacanales, bajezas y crueldades. Este monstruo coronado tenia por esposa á Juana, hija de Alberto de Baviera, princesa acabada, cuyas eminentes virtudes contrastaban con los vicios del indigno emperador. Las violencias de su esposo no hicieron sino consolidarla en el camino de la perfeccion. Habia escogido por su confesor á san Juan Nepomuceno, canónigo de Praga, cuya fama publicaba maravillas. Bajo su direccion, la piadosa emperatriz hacia mas y mas progresos en la senda de la perfeccion. Pero como todo se vuelve veneno en un corazon corrompido, las virtudes de la emperatriz no hacian sino exasperar el feroz carácter de Venceslao. Hacia mucho tiempo que la habia abandonado, por entregarse mas á su sabor á los desórdenes; pero su envidia se aumentaba á pesar de sus desdenes. Las mas sencillas acciones de la princesa eran sospechosas para él, y cegado por la pasion, mandó llamar á san Juan Nepomuceno y le mandó le revelase la confesion de la emperatriz. Horrorizado el santo sacerdote, quiso representar al rey el grave pecado de esta sacrilega curiosidad. Venceslao, furioso, manda tender en un tormento á Nepomuceno, y los verdugos le aplican al cuerpo antorchas encendidas. Sobrellevó el mártir este suplicio con

heróico valor. En medio del suplicio no pronunció otras palabras que los sagrados nombres de Jesús y María. Se le levantó del potro semi-muerto para echarlo en un calabozo. Entretanto la emperatriz se echó á los piés de Venceslao, y logró con sus lágrimas y súplicas dar libertad al santo confesor. Pero no fué esta duradera. Poco despues el emperador le mandó llamar de nuevo y le dijo bruscamente: « Escóged, ó » la muerté, ó revelarme inmediatamente la confesion de la » emperatriz. » Se quedó mudo á esta interpelacion Nepomuceno; pero su silencio era sobrado elocuente. Venceslao, no guardando ya mesura, exclamó diciendo á sus guardias: « Echadme á este hombre al rio así que anochezca, para que » ignore el pueblo su castigo. » San Juan Nepomuceno empleó las pocas horas que le quedaban de vida para prepararse á su sacrificio. Durante la noche se le precipitó atado de piés y manos al Muldava, que baña los muros de Praga, en el 16 de mayo de 1383. Al dia siguiente una luz celestial reveló á los fieles el cuerpo del mártir y el crimen del emperador. Toda la poblacion de Praga acudió á las orillas para venerar aquellos preciosos restos. El furor del pueblo no pudo menos de estallar contra Venceslao. En 1394, los señores de Bohemia se apoderaron de su persona, le encerraron en un castillo, donde le guardaron como á una fiera. Logró fugarse y volvió á subir al trono, de donde, en 1397, le precipitó una nueva revolucion. Como si no pudiese cansarse la fortuna de prodigarle favores, logró todavía domar á los rebeldes y volver á tomar las riendas del gobierno. Pero su furia y accesos de cólera, mas insufribles que antes, desencadenaron contra él, por último, todas las venganzas populares. Los príncipes del imperio se dirigieron á Bonifacio IX, solicitando su autorizacion para deponerlo. La consiguieron, y juntos en una dieta de Ladensstein, declararon á Venceslao privado del trono, y eligieron rey de los Romanos á Roberto de Baviera, cuya eleccion fué ratificada por Bonifacio IX.

16. Y así, cuando el pontificado, dividido por un cisma cuyo fin no se preveia, parecia deber de perder todo su cré-

dito é influencia, aun era bastante poderoso para dar y quitar coronas. El resto del pontificado de Bonifacio IX fué empleado en asentar sobre bases sólidas la administracion y gobierno de Roma. Clemente VII murió en Aviñon el 16 de setiembre de 1394. La Universidad de París, inquieta por la obstinacion de este antipapa, desesperanzada de lograr la paz y union de la Iglesia por negociaciones, hasta entonces inútiles, vió manifestarse en su seno una reaccion desfavorable al pontífice de Aviñon. En una asamblea solemne de doctores y príncipes franceses, presidida por Carlos VI, en uno de los instantes lúcidos que le dejaba la enfermedad á este príncipe, habia adoptado á la unanimidad la proposicion de forzar á los dos pretendientes á una cesion absoluta de sus derechos, y procederse en seguida á nueva eleccion. Fueron enviados diputados á Clemente VII, que murió de pesar. « En una época de paz, » dice un sabio historiador (1), las cualidades reales de Clemente habrian hecho un papa digno de elogio; pero el cisma » le hizo un pontífice menos que mediano, y se entristece el » ánimo al ver á qué punto rebaja esta funesta division los » hombres y las cosas. » Los cardenales de Aviñon se dividieron entonces; los unos querian que no se diese sucesor á Clemente VII, otros que se eligiese á Bonifacio IX. Si hubiera prevalecido este parecer, se hubiera concluido el cisma. Por desgracia, la mayoría se fijó en el peor partido: se convino en proceder á nueva eleccion bajo el ilusorio pretexto de que una vacante ofreceria menos facilidades para trabajar en la extincion del cisma. Solo que antes de entrar en conclave cada cardenal fué obligado á jurar sobre los santos Evangelios una fórmula, por la cual se comprometian, si eran elegidos, á procurar el restablecimiento de la unidad en la Iglesia por todas las vias posibles, sin exceptuar la renuncia al soberano pontificado. Eran promesas mas fáciles de hacer que de ejecutar; porque la ambicion halla siempre medios de eludirlas cuando llega el tiempo. Los votos recayeron en Pedro de Luna, que

(1) El abate Cristophe, *Historia del Pontificado*, tomo III, pág. 139.

tomó el nombre de Benedicto XIII, en 28 de setiembre de 1394. Dulce, afable, insinuante, de vida y conducta ejemplar é irreprochable, Pedro de Luna se había mostrado el mas fogoso para prestar el juramento exigido antes de entrar en conclave. Lo renovó inmediatamente despues de su entronizacion; pero, ó no era sincero, ó el amor del poder, pasion irresistible, cambió muy pronto sus sentimientos. Comenzó por excomulgar á Bonifacio IX, y respondió con cierta acrimonia á las observaciones del rey de Francia, que se quejaba de la precipitacion con que se había procedido á una eleccion que perpetuaba el cisma.

17. La Universidad de París, cuyos doctores se agitaban sobre esta interminable cuestion, y despues de medio siglo buscaban como resolverla con un diluvio de discursos y memorias mas ó menos elocuentes, se creyó ofendida personalmente de que los cardenales de Aviñon hubiesen obrado sin consultarla en tan grave conjetura. Determinó pues al rey y á los príncipes que gobernaban á su nombre, á que se sustrajesen á la obediencia de Benedicto XIII, sin someterse por ello á la de Bonifacio IX. Las mas extrañas doctrinas salieron á luz en esta anarquía. Cuando se preguntó á los doctores franceses dónde estaria el centro de la autoridad eclesiástica, uno de ellos respondió: « ¿No tenemos los arzobispos de Lyon, » Sens y Bourges? » No se tuvo peor lenguaje en los mas críticos dias de la historia de la Iglesia. « Ya es tiempo que » arranquemos el reino á las tiránicas exacciones de los papas, » decian otros declamadores. De este modo hallaban fogosos defensores las libertades de la Iglesia galicana en los desórdenes de un cisma. Afectando el mayor celo por la unidad de la Iglesia, la Universidad de París no hacia en el fondo sino embrollar mas la cuestion. Se sucedian las asambleas, y la pesada facundia de los doctores y maestros de artes derramaba, como manantial inagotable, arroyos de erudicion indigesta, perdida entre un latin pedantesco con oropeles de ciceroniano. Sin embargo, dos grandes personajes sobresalieron en medio de aquella turba de medianías ó nulidades, que

creian hacerse un pedestal, con su ambicion, en el cisma que enlutecia á la Iglesia. Pedro de Ailly, llamado el *Águila de la Francia* y el *Martillo de los herejes*, era entonces canciller de la Universidad de Francia. Nacido en 1350 en Compiègne, de una condicion oscura, pronto se abrió los senderos de la ilustracion en la carrera de las letras. Se desplegaron con el mayor brillo sus raros talentos; y ora en filosofía, ora en teología, ora en derecho canónico, llegó á ser uno de los mas célebres doctores de su tiempo. Adicto á la obediencia de Clemente VII y de Benedicto XIII, el primero le hizo obispo de Cambray, y el segundo cardenal, en 1411. A pesar de los lazos que le unian al cisma, supo mostrar verdadera independencia de carácter, trabajando de buena fe al restablecimiento de la unidad. Se distinguió en los concilios de Pisa y de Constanza, donde su autoridad y elocuencia estuvieron siempre por la justicia y la verdad. — Al dejar la eminente dignidad que ocupaba en la Universidad para pasar á la silla de Cambray, Pedro de Ailly fué dignamente reemplazado por uno de los hombres de mayor nombradía en aquella época. Nombrar á Gerson, es señalar el azote de la herejía y del cisma, la luz de los concilios, y el sabio que tal vez haya realzado mas al talento por la modestia de su carácter. Nacido en la Champaña, y aldea de Gerson, en 1363, de padres oscuros pero honrados, fué enviado muy temprano á París para cultivar las felices disposiciones de su natural. Sus progresos fueron rápidos, y brillantes sus victorias. Discípulo de Pedro de Ailly, se mostró digno de tan ilustre maestro. Si el admirable libro de la *Imitacion de Cristo* ha salido de su pluma, ha probado que con un alma inspirada por la fe y la caridad se pueden muy bien no echar de menos los adornos del lenguaje, y escribir el mejor libro despues del Evangelio. Despues de dirigir treinta años la primera universidad del mundo, y de haberse granjeado nombre inmortal en el concilio de Constanza, Gerson vino á sepultar su ciencia y su gloria en Lyon, en la colegiata de San Pablo, y consagró los últimos años de su noble vida enseñando el catecismo á los niños. Durante el cisma, trabajó

en la pacificación de la Iglesia con aquella sabia moderación que concilia todos los intereses, pero también con la invencible constancia que acaba siempre por triunfar de los obstáculos.

18. La Universidad de París, descontenta con la elección de Benedicto XIII, había hecho decretar la sustracción de la obediencia. Todos los Franceses que se hallaban agregados á la corte de Aviñon, recibieron orden de dejar la ciudad inmediatamente. El mariscal Boucicaut, el héroe de Nicópolis, acababa de regresar á su patria despues de pagado su rescate al sultán de los Turcos. Se le dió el mando de un ejército encargado de guardar cautivo á Benedicto XIII en su palacio de Aviñon. Pero el antipapa logró evadirse y fué á refugiarse á Marsella, donde estaba seguro bajo la protección de Luis de Anjou, rey titular de Nápoles y conde de Provenza. En esto murió Bonifacio en Roma, el 1.º de octubre de 1404, donde había restaurado el poder pontifical y merecido el elogio hecho en otro tiempo á Fabio Cunctator: *Cunctando restituit rem.*

§ III. PONTIFICADO DE INOCENCIO VII (17 de octubre de 1404-6 de noviembre de 1406).

19. En el momento de la muerte de Bonifacio IX, se hallan en Roma embajadores de la corte de Aviñon encargados por Benedicto XIII de negociar una reconciliación. Trataban de impedir el que los cardenales procediesen á nueva elección. Por otra parte el pueblo romano, un momento contenido por la vigorosa mano del último papa, había querido aprovecharse de su fallecimiento prematuro para recobrar su libertad. La sedición triunfante recorrió las calles de la ciudad gritando: *¡Viva el pueblo!* Espantados de este movimiento, los cardenales creyeron necesario darle un jefe. Para salvar á la vez los intereses generales de la cristiandad y las necesidades particulares de Roma, antes de entrar en conclave redactaron una acta solemne, semejante en el fondo á la del conclave de Aviñon. Cada cual se comprometió, si era electo papa, á procurar

la unión de la Iglesia aunque fuese por renuncia del supremo pontificado. Así fué elegido y proclamado el cardenal Meliorato, y que tomó el nombre de Inocencio VII. Apreciado por su saber y pureza de costumbres, sencillo en su modo de vivir, enemigo de la avaricia y de la simonía, de piedad ejemplar y edificante, el nuevo papa se había granjeado de antemano todos los corazones. Se esperaba que su modestia y sencillez personal de su trato lograrían apagar el cisma que tan cruelmente agitaba la barca de san Pedro por tantos años. Su corto reinado no le permitió realizar lo que se deseaba. Tal vez se podrá decir que el poder tiene embriagueces capaces de seducir á los mas nobles corazones, y á los que ni aun la virtud misma no sabe resistir á veces.

20. Lo primero que hizo al tomar las riendas del gobierno fué apaciguar la reacción política, acontecida despues de la muerte de Bonifacio IX. Sin ejército, sin dinero y sin alianzas, parece que debía de sucumbir Inocencio VII á su empresa. Pero un defensor vino á ofrecerse por sí mismo en circunstancias tan difíciles: este fué Ladislao de Nápoles. Al prestar su apoyo al soberano pontífice, parecía no obrar sino por reconocimiento; pero su hábil y diestra política tenía miras menos desinteresadas y mas ambiciosas. Había tomado por divisa aquellas palabras significativas: « O César, ó nada. » Su intervención en las querellas de Roma le pareció un medio de abrirse camino al restablecimiento de la monarquía italiana, de la cual él hubiera sido cabeza. Con este designio compareció al frente de un ejército á las puertas de Roma, bajo el pretexto de proteger la libertad y vida de Inocencio VII. Terribles en los motines, los Romanos perdían su valor delante de soldados. La llegada de Ladislao sobró para que volviesen á entrar en orden los facciosos. En agradecimiento por este servicio, el papa concedió al rey de Nápoles el gobierno de la Campania y de la ciudad de Áscoli. Ladislao, á quien hizo esperar mas brillantes adquisiciones futuras este arreglo, se volvió á sus Estados. Se amotinaron segunda vez los Romanos, y el papa tuvo que retirarse á Viterbo; pero vuelto á llamar por aquella población incons-